



IMAGEN: PxHere

Ser niño en movimiento: ontologías y alteridad en la investigación con niños

*Gustavo Belisário d'Araújo Couto
Antonádia Monteiro Borges*

Chico Bento es un famoso personaje creado por el dibujante Mauricio de Sousa. El personaje fue inspirado en el tío-abuelo de caricaturista, que vivía en una zona rural del interior de São Paulo¹. En los cómics, Chico lleva una vida que sería “típica” de un niño *caipira*, término ligeramente derogatorio para referirse a quien es del campo, de la tierra: camina de pies descalzos, cría gallinas y cerdos, saca malas notas en la escuela, roba las guayabas del vecino. Las historias de Chico Bento traen de manera lúdica algunos lugares comunes tematizados por las Ciencias Sociales en lo que se refiere a las infancias experimentadas en el campo: el trabajo infantil, el desfase escolar y otras precariedades de la vida rural.

No es el propósito de este artículo hacer una taxonomía de una infancia típica de los contextos rurales, una etnografía de Chico Bento. Siguiendo el movimiento de la tira cómica, este artículo se propone narrar tránsitos entre lo rural y lo urbano, entre niños y adultos, cuestionando algunas de las fronteras usadas por nosotros, los científicos sociales. Por un lado, nuestra propuesta tiene por bases reflexiones sobre infancia en los lugares donde hacemos investigación. Por otro lado, estamos fuertemente inspirados por las contribuciones epistemológicas del antropólogo sudafricano Archie Mafeje, quien apuesta por el concepto de formación social para romper con el concepto de alteridad y otras distinciones taxonómicas que separan diferentes formas de vida con el fin de hacerlas cognoscibles.

Mafeje y la crítica a las taxonomías de la antropología

¿De qué forma la antropología se ocupa de las diferentes formas de ser niño y de ser adulto? Desde su constitución, la antropología del niño ha cuestionado concepciones de niño e infancia que son supuestamente universales. Cohn (2005) discute la concepción de la infancia entre los indígenas Xikrin, donde los niños participan legítimamente en las relaciones sociales como agentes, alejándose de la idea de seres incompletos que necesitan pasar por una socialización para integrarse a la sociedad. Tassinari (2009) también defiende que existen múltiples posibilidades de vivir y de definir la infancia, discutiendo la relativa autonomía que los niños poseen al poder transitar entre casas, lugares y familias en sociedades indígenas. Schuch (2005) plantea cómo la universalización de la infancia, después de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, tiene impacto en la constitución del sistema socioeducativo para adolescentes en conflicto con la ley y las tensiones de ese ideal universalista en su discrepancia con la experiencia concreta de los adolescentes internados en el sistema. Esas y muchas otras investigaciones plantean la importancia de mirar las peculiaridades de las diversas formas existentes de ser niños y que no es aplicable a todos los contextos la idea de una infancia como fase de la vida en que se da el desarrollo, la socialización, la educación, la inocencia y no se permite el trabajo.

¹ <https://super.abril.com.br/cultura/turma-do-mauricio/>

Sin embargo, poco fue pensado en la disciplina sobre lo que es ser adulto y las diferentes formas de experimentar ser adulto. La sociología de la infancia tematizó el par niño-adulto, oponiendo radicalmente a los dos polos. Un conjunto de sociólogos apuesta por una alteridad entre niños y adultos para abogar por las “culturas infantiles” como un objeto. El sentido de esta agencia no siempre acompaña un rompimiento con la naturalización de una alteridad fundamental entre niños y adultos. El enfoque de estos estudios es “la reproducción interpretativa entre pares” (Corsaro, 2002), o el “reconocimiento de la autonomía de las formas culturales, el inventario de los principios generadores y de las reglas de las culturas de la infancia” (Sarmiento, 2005, p. 374). Se reconoce a los niños como actores sociales relevantes, reificando la alteridad entre niños y adultos. Ariès (1981) argumenta que la infancia moderna fue fruto de un proceso histórico particular ocurrido en Europa occidental. Con mucha perspicacia, el autor va mostrando cómo la concepción de la infancia ha ido cambiando a lo largo de los siglos en Francia, hasta llegar a ser una fase separada del mundo de los adultos. La investigación de Ariès fortalece a la antropología del niño que refuta una concepción universal de la infancia. Sin embargo, un sesgo poco explorado en la lectura del historiador se refiere a las transformaciones que la concepción de adulto también sufrió en Europa en el mismo período. Ariès no sólo dice que la escuela se ha convertido en el locus de la educación de los niños por excelencia, sino que también habla de que los adultos han dejado de frecuentarla a lo largo de estos siglos. El autor no sólo dice que los juegos se han considerado cada vez más en el mundo de los niños; también dice que los juegos de los adultos se diferenciaron de los juegos infantiles.

En este artículo, la elección por no tratar de infancias rurales no viene de un rechazo en dialogar con niñas y niños que caigan en el cajón del rural, oriundo de las clasificaciones de la sociología rural o de las etnografías sobre el campesinado. La intención es escapar de un marco del problema sostenido doblemente en una noción de alteridad – entre niños y adultos, entre rurales y urbanos –, que reduce la plasticidad de las formaciones sociales a una taxonomía basada en un universalismo civilizatorio. Si hay diferencias entre el campo y la ciudad, o entre un niño y un adulto, éstas deben ser demostradas analíticamente, a partir de una interlocución auténtica entre las partes. No debe asumirse una diferencia *a priori* que nos impida desconfiar de una artimaña muy común en las ciencias sociales: la de ocupar simultáneamente un lugar en la relación con el otro y un lugar que le es exterior, es decir, un punto de vista que garantiza a nuestras limitadas consideraciones el poder de la totalidad. Nuestra experiencia de investigación indica que tratar de “infancias rurales” como un *objeto a priori* puede incurrir en un error de circunscribir nuestra atención a recortes supuestamente universales (cierta edad, cierta ubicación geográfica no urbana), dejando intactos problemas desafiantes para la lógica científica eurocéntrica con pretensión universalista.

Nuestra preocupación se remonta a la producción teórica de Archie Mafeje, en especial a su discusión sobre la ideología del tribalismo (Mafeje, 1971). Mafeje desarrolla una crítica profunda a las búsquedas por rasgos y formas universales, a partir de sistemas clasificatorios exógenos a las realidades africanas. Para el autor, el intento de la sociología rural de encuadrar los modos de vida africanos retomando conceptos forjados en el

continente europeo presuponía una división taxonómica de las sociedades africanas a la luz de la clave de la alteridad producida a partir de un vector único, el colonial, capitalista. Sin proponer abandonar el debate con las teorías clásicas, Mafeje nos desafía a ver la producción de diferencias de las formaciones sociales sin caer en los dualismos.

Las diferencias entre urbano y rural, moderno y tradicional, por ejemplo, pueden ser así relacionadas con lo que Mafeje llamó ideología del tribalismo, es decir, un modo de producción de conocimiento que impone la concatenación de partes que compondrían la sociedad, en vez de un mirar hacia atrás a lo que llama la formación social para su superposición dinámica y, por tanto, plástica, móvil, nada acostumbrados a modelos analíticos ajustados y enfoques, condicionada a priori. (Borges et al, 2015)

Esta propuesta teórica de Mafeje inspira la escritura de este artículo por dos sesgos. Primero, el argumento que pretendemos aquí desarrollar es que la experiencia de ser niño aquí descrita no se restringe al límite de lo rural, en oposición a lo urbano. A partir de la investigación en un contexto rural, pretendemos trazar reflexiones sobre diferentes maneras de concebir ser niño sin hacer de ésta un tipo ideal rural. El concepto de formación social de Mafeje también contribuye a pensar ser niño como una producción de diferencias que conviven, sin necesariamente crear distinciones de clases etarias o una contraposición necesaria entre adultos y niños.

La guerra de las palomitas: la infancia como sustancia

Una parte importante de una de nuestras investigaciones se dio en la escuela de la localidad conocida como *Rodeador* y en el trayecto del Campamento sin tierra *Canaã* hasta ella. Diariamente, los niños de las chacras, campamentos y asentamientos cercanos a *Rodeador* hacían el trayecto en bus. Los autobuses que los transportaban eran diferentes, de acuerdo con clasificaciones de edad. El autobús de los menores – para niños de 4 a 7 años – pasaba más temprano. El autobús de los mayores – más de ocho años – pasaba un poco después. Y los adultos tomaban el autobús de línea para ir a sus clases en la noche.

Abriendo una excepción al investigador, el autobús de los menores transportó el antropólogo junto con los niños en su trayecto a la escuela. Después de entrar, el autobús pasaba por otros campamentos, asentamientos y chacras recogiendo a otros niños. En una de las idas a la escuela, acompañé y fui acompañado por Caetano, de 5 años, hijo de Doña Rita, quien me acogió en su casa durante tres semanas de investigación. Caetano estaba sentado a mi lado y me pidió usar el cinturón de seguridad. Le expliqué que el cinturón era muy pequeño para mí. Fue entonces cuando una niña de la clase de él, Bianca, me preguntó:

Bianca: ¿Vas a estudiar? ¿Por qué estás en los autobuses de los menores?

Gustavo: Sí. Soy un niño – dije en tono de broma, curioso para ver adónde ella llegaría.

Bianca: ¿Niño? ¿Dónde está tu mochila de ir a la escuela?

Gustavo: Mira aquí mi cuaderno – Apuntando al diario de campo.

El niño de enfrente entró en la conversación también.

Niño: ¡Nunca vi un niño con bigote!

Bianca: Usted tiene cartera – dijo ella apuntando hacia mi bolsillo. – Usted no es niño.

Al llegar a la escuela, en la salida del autobús, Bianca volvió a tomar en serio lo que yo había dicho. “¡Usted se queda en la fila de los niños!”, Indicándome que, para ser niño, tendría que actuar como uno: deshacerme de la cartera, del bigote, usar mochila y entrar en la fila. En el autobús de los menores, yo debería usar el cinturón.

Más que una clasificación que permite identificar niños y adultos basada en una concepción cultural, Bianca sugirió que ser niño dependía de un flujo que la relacionaba a un conjunto de objetos, de características. La mochila, el cinturón y el autobús cargaban consigo una sustancia infantil. La cartera y el bigote contenían el ser adulto en su composición. Los atributos de adultos y de niños no implicaban para Bianca una consecuente clasificación estancada en una taxonomía. Yo podría ser adulto y estar en el autobús de los menores, y posiblemente un niño que tuviera una cartera no sería menos niño. El flujo entre cosas de niño y de adultos transpone la barrera de lo concebido como ser niño y ser adulto.

Esta idea de que un conjunto de cosas tiene propiedades “de niño” también apareció en una de las visitas que hice a Laura, una de las moradoras de *Canaã*. En la ocasión, su madre, que vive en el interior de Piauí, estaba visitando a su hija y nietos en el campamento y aprovechando la estancia en la capital para hacer consultas en el hospital. La madre de Laura tenía alrededor de 60 años. Laura me la presentó:

Laura: Ella está enferma. Vino a un médico

Madre de Laura: Sí. De aquí a poco estaré como un niño... ¿Sabías, hijo mío, que la gente vieja se vuelve niña? Yo no seré niña, todavía no. Faltan unos años aún. Pero gente muy vieja tiene que usar pañales, tiene que comer en la mano de los demás. Se queda dependiendo de los demás, ¿sabes? Necesita de otros para bañarse, cambiarse de ropa.

Como para Bianca, para la madre de Laura, ser niño es una propiedad que emerge en la relación que se tiene con objetos, con necesidades, en suma, con otras cosas aparte de sí mismo. Los pañales comportan algo de niño. La necesidad específica de cuidados también es característica de los niños. Sin embargo, ni el pañal ni la ayuda de los demás para bañarse o cambiarse de ropa son exclusivos de los niños. Los viejos también disfrutan de ese flujo de cuidados similar a los que se destinan a los niños. “Ser niño”, por lo tanto, no sería una característica exclusiva de los niños.

La noción fluida de ser niño, como sustancia transformadora de quien la comparte, se hizo notar vividamente en uno de los fines de semana en que fui a proyectar películas en el campamento. En aquella ocasión, dos moradoras de *Canaã* – Rosa y Eliana – mostraron que las fronteras entre niños y adultos no eran pensadas o vividas de forma rígida. En aquel domingo, con el proyector del Departamento de Antropología de la UnB, el DVD de la película, tres refrescos y algunas bolsas con maíz para hacer palomitas, regresé a *Canaã*. Pasé por la casa de Doña Rita e invité a Caetano y su

hermanita Verónica a ir a la iglesia, donde yo proyectaría la película. También llamé a los niños de la casa de Eliana. Cuando fui a la casa de Rosa para avisar a André, Kethlen y Felipe, del evento, ella me preguntó:

Rosa: ¿Y es sólo para niños? ¿Puedo ir también?

Gustavo: ¡Puede!

Rosa: Yo también soy niña, ¿sabía?

La afirmación de Rosa me dejó un poco desconcertado. No estaba preparado para oír “Yo también soy niña “ de una mujer con tres hijos y más de treinta años. Le dije Rosa que ella podría ver la película también. Ella se animó y dijo que llamaría a Eliana para verla juntas. En el camino hacia la iglesia, sin entender el punto de Rosa, me pregunté si la madre sólo quería ver la película. ¿Creyó que le negaría la posibilidad de ver la película? ¿”Pasar por” niño sería una “estrategia” para conseguir comer palomitas y ver un dibujo animado?

Cuando llegamos a la iglesia, estaban todos sentados. Rosa y Eliana estaban allí. Mientras fui a montar el proyector, Eliana dijo que iba a preparar las palomitas. Algunos minutos después, Eliana volvió con dos cuencas de palomitas y las colocó en el suelo, entre las sillas y la imagen proyectada de la película. Una vez que ella regresó, puse la película para empezar. La animación del día era *O Menino e o Mundo*, una producción brasileña de 2014. La película cuenta la historia de un niño que deja la aldea donde vive para encontrar a su padre, que fue intentar ganarse la vida en la ciudad. Algunos niños acompañaron atentamente la película, reaccionando a las acciones del niño y riendo. Víctor, en todo momento, se levantaba para coger las palomitas de la cuenca en el medio y parecía interesarse poco por la animación. Leonardo y Caetano quedaron interesados en la película.

Cuando terminó la proyección, pregunté “¿Qué les pareció?”, Con el propósito de conocer las impresiones sobre la animación. Mi postura, naturalizada por los vicios académicos y pedagógicos, revelaba una ansiedad para promover una encuesta con tonos dialógicos, a fin de evaluar si la actividad había sido productiva o no. La respuesta a mi creencia desarrollista vino con el grito de Lucas, de doce años: “¡Guerra de palomitas!”. Lucas llenó la mano con las palomitas de la cuenca y se las tiró a Cleonice, de 11 años. La niña respondió con el mismo gesto. Los otros niños entraron rápidamente en la broma. Las palomitas eran lanzadas a todas las esquinas. Los niños se reían. En medio de las nubes de palomitas que entrecruzaban la iglesia, miré a Eliana y Rosa con la expectativa de que interrumpieran la broma. Todavía no me había dado por vencido, en mi afán de educador popular de fin de semana. Las dos madres, sin titubear, llenaron la mano con palomitas de la cuenca y participaron de la guerra como *los otros niños*. Las palomitas del cuenco se extendieron por el suelo de la iglesia. Eliana, Rosa, Verónica (16 años) y yo barrimos el suelo después de la guerra mientras *los demás niños* jugaban fútbol afuera en el campamento.

La conversación con Rosa y su participación en la guerra de palomitas me continuó desestabilizando después de aquel domingo. Las acciones de Rosa no formaban parte

de lo que yo – y cualquiera como yo – esperaba de un adulto. En mis expectativas, el adulto en aquella ocasión sería serio, interrumpiría la guerra de palomitas por hacer suciedad, por dar mucho trabajo. Un adulto llamaría la atención de los niños para participar del debate, para expresar sus opiniones sobre la película. Rosa y Eliana tomaron otro camino. No imitaban un niño. Ellas entraron en la broma de la misma forma que los niños. Esto no se entendía como algo de lo que debían sentir vergüenza, algo que las disminuyera. En otra ocasión, ella volvió a afirmar ser niño. “Usted estudia niños, ¿no? Entonces tendrá que estudiarme a mí también.”

Así como Bianca y la madre de Laura, para Rosa, ser niño no tiene que ver con una clasificación estática que parte de un concepto al que la experiencia debe reverencia. En parte, porque pasa lejos de ser medible – no es una diferencia de edad y ni de tamaño –. Además, la broma del niño puede impregnar al adulto. Mover al niño que puede ser. Tiene que ver con un flujo que conecta personas, cosas, juegos y dibujos animados. Ser niño viene acompañado de los movimientos de la guerra de palomitas, de la quema, del pique-cola. Dejarse afectar por canciones y dibujos animados también forma parte del flujo. Se convierten en niños por tomar el autobús de los menores y usar la mochila, como Bianca. Eliana se hace niña cantando las canciones del MST y tirando palomitas a otros niños. Rosa es una niña también. Este flujo-niño – o devenir, en el sentido de Deleuze y Guatari (1997/1980) – no excluye a adultos o ancianos en su movimiento.

El flujo-niño, sin embargo, no borra las diferencias que se establecen entre ser adulto y ser niño, pues, así como el ser niño, el ser adulto tampoco corresponde a una categoría taxonómica rígida. El ser adulto también es un flujo. En vez de conectar a las personas con dibujos animados y chistes, el adulto se hace con cartera, con bigote, con bebida alcohólica, tal vez con trabajo. Hay un movimiento en sentido diverso del ser niño que es el movimiento de ser adulto. Y este movimiento de hacerse adulto tampoco es exclusivo de las personas adultas, una vez que los niños también trabajan, también beben bebidas alcohólicas², también pueden tener cartera. En resumen, hay un devenir adulto que también puede atravesar a los niños. Entre las concepciones estáticas de lo que es niño y de lo que es adulto caben muchas figuras: el niño trabajador, el adulto analfabeto, el niño madre, la adolescente en conflicto con la ley, el liderazgo *sem terrinha* (sin territa), la madre en la guerra de palomitas o el vecino adulto en el juego de quemada, divirtiéndose con los niños pequeños.

La guerra de palomitas en la que Rosa y Eliana se meten no debería reducirse a un recuerdo del niño que ellas fueron³. No es una regresión a una etapa anterior de su vida. Rosa y Eliana se hicieron niño en el presente, simultáneamente al movimiento de la guerra de palomitas. Así como el niño que trabaja en la campiña no necesariamente preconiza o anticipa su futuro como adulto. Él se hace adulto en el presente, en el movimiento de su trabajo. Niño y adulto conviven y se suceden en un tiempo que no es lineal, independientemente de su tamaño o edad. Lo que normalmente llamamos

2 Doña Rita dijo una vez que cachaza no era bebida para niños.

3 Sobre la distinción entre el devenir-niño y el niño como memoria, ver Deleuze e Guatari, 1997, p.81.

pasado, presente y futuro, conforman tiempos coexistentes, o mejor, una amalgama indivisible, haciendo imposible separar la infancia de la fase adulta en una línea ascendente y sin vuelta.

Consideraciones finales

La experiencia en *Canaã* enseña no sólo sobre la importancia de incorporar a los adultos en las investigaciones con niños, sino también sobre la importancia de investigar las diferentes concepciones y formas de ser adulto. Los adultos y los niños son producidos uno a partir del otro como demuestran las investigaciones que incorporaron a los adultos en sus investigaciones con niños. Pires (2007), por ejemplo, relata la fricción que tuvo con una vecina durante su investigación en *Catingueira*. Cuando los niños la visitaban, la investigadora les permitía hacer cosas que, en general, un adulto no debería admitir. En su casa, los niños podían saltar en el sofá, hacer ruido y jugar de una forma que en sus propias casas no sería permitida. La “irresponsabilidad” de la investigadora por no poner límites en los niños llegó al punto de que una vecina puso quejas e hizo reclamos (Pires, 2007).

Al plantear que comportarse demasiado como niño la ponía en una situación de desconfianza frente a los demás por no corresponder con las expectativas del comportamiento adulto, Pires presenta que existían en *Catingueira* nociones de adulto relacionadas a las nociones de niños, y que reflexionar sobre las concepciones de la infancia tiene relación con lo que se espera de los adultos. Es verdad que la postura de los adultos encontrada por Pires en *Catingueira* fue muy diferente de la que encontré en el *Canaã*. No es común que compartan las mismas conversaciones o debatan opiniones. En su experiencia de investigación, niños y adultos formaban ontologías completamente distintas, lo que arrojaba desafíos para Pires, que no encajaba en la perspectiva corriente de ser adulta (Pires, 2007). La autora hablando solamente de *Catingueira* es muy cautelosa y no universaliza la fuerte distinción entre niños y adultos. El hecho de que los adultos y los niños sean concebidos de manera distinta en *Catingueira* es un aspecto importante para la investigación con niños allí. Así como Pires, muchos adultos en *Canaã* no cabrían en lo que se espera de un adulto en *Catingueira*. ¿Qué es ser adulto en determinado lugar no debería ser una cuestión? ¿Qué es igualmente obliterado en las investigaciones que toman esta concepción de adulto como universal?

La investigación de las concepciones de adulto puede afectar otras investigaciones más allá de la antropología del niño. No separar los fenómenos considerados como parte del “mundo de los niños” de fenómenos del “mundo de las adultas” implica no separar las investigaciones con niños de las investigaciones sobre el Estado, religión, economía o los movimientos sociales. Sin abandonar la atención hacia las voces de los niños en las investigaciones, la discusión sobre las influencias de diferentes concepciones de adulto y de niño puede ser relevante para muchos otros contextos de investigación.

En vez de concebir niños y adultos solamente en términos anatómicos o de edad, la distinción entre niños y adultos podría ser considerada a partir de una atención a sus

movimientos, o sea, hacia el hecho de que el ser niño sería un flujo que se plantea y, se dirige a todos, no sólo a los niños. De ello se deriva una convivencia entre niños y adultos en el trabajo, en casa, en las actividades políticas y en la vida. El niño no es el pasado del adulto aquí. Esta cinestesia no es pensada como la sinestesia en el psicoanálisis – un recuerdo individual del niño interior de cada uno –. El devenir niño es pulsante en los niños y adultos del presente como lo fue en los niños y en las adultas anteriormente. Los niños y los adultos son el pasado. Ser niño atraviesa las generaciones, manteniendo los juegos vivos. El pasado y el niño no son interiores, privados. Ambos son compartidos. Los adultos y los niños son inseparables en cualquier línea de tiempo.

Buena parte de las ciencias sociales – y de la antropología en particular – también sostiene la separación entre niños y adultos en el desarrollo de sus investigaciones. Los niños son simplemente ignorados en parte considerable de las etnografías, artículos y proyectos de investigación, sugiriendo que solamente los adultos habitan las formaciones sociales estudiadas. Las voces de los niños son casi restringidas a los campos de la antropología del niño y la sociología de la infancia.

Aplastada en la idea de alteridad, la organización de la antropología ocurrió a partir de la concepción de que los niños constituían un objeto aparte. Esta separación entre objetos de investigación – niños y adultos – contribuyó muy poco a reflexionar sobre la diversidad de maneras de ser adulta en las etnografías. Los énfasis en las voces de los adultos en las pesquisas no rindieron mayores reflexiones sobre esta categoría. En esta división, quedó a las investigaciones con niños hacer este tipo de reflexión, una vez que investigar a niños prescinde de una negociación con las expectativas que involucran ser adulta (Pires, 2007). Estas investigaciones abren camino para el rompimiento epistemológico con la división ontológica entre niños y adultos, cuestionando la propia manera como estas divisiones científicas – y antropológicas – están constituidas. Si, como Rosa, adultas pueden ser niñas también, tenemos en manos reflexiones que pueden afectar investigaciones en múltiples lugares y contextos que van mucho más allá de las investigaciones con niños, pues ponen en jaque a la demandante equiparación entre ontología y alteridad.

El rechazo a una clasificación estancada en las categorías de niños y adultos plantea un desafío para la antropología. Se vuelve incompatible tomar en serio ese rechazo y al mismo tiempo partir de una pre-noción de infancia en el diseño de la investigación. La propia separación de una antropología del niño de las demás áreas perdería su sentido. En lugar de intentar encontrar Chico Bento, la infancia típica del campo, tal vez nuestro desafío sea abrazar esos rechazos clasificatorios y observar concretamente por donde pasan los flujos y tránsitos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARIES, P. *História Social da Criança e da Família*. Rio de Janeiro: Editora Guanabara S.A, 1981.
- BELISÁRIO, G. *Brincando na terra: tempo, política e faz de conta no acampamento Canaã (MST – DF)*. 2016. Dissertação (Mestrado em Antropologia) - Universidade de Brasília, Brasília 2016.

- _____. Entre Representantes e Fofoqueiros. **POLÍTICA & TRABALHO** (UFPB. IMPRESSO), v. 45, p. 359-372, 2017.
- _____. Sem pai, sem mãe. **Cadernos de Campo**, (USP), v. 24, p. 140, 2016.
- BORGES, A. et al. Pós-Antropologia: as críticas de Archie Mafeje ao conceito de alteridade e sua proposta de uma ontologia combativa. **Sociedade e Estado**, (UnB), v. 30. n. 4., 2015.
- BORGES, A.; KAEZER, V. O Recanto dos Meninos. In: MILSTEIN, D. et al. **Encuentros etnográficos con niños y adolescentes**. Entre tiempos y espacios compartidos. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2011.
- BUSS-SIMÃO, M. Antropologia da Criança: uma revisão da literatura de um campo em construção. **Revista Teias**, v.10, n.20, jul., 2009.
- COHN, C. **Antropologia da Criança**. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2005.
- _____. Concepções de infância e infâncias. Um estado da arte da antropologia da criança no Brasil. **Civitas**. Porto Alegre, v. 13., n. 2., 2013.
- CORSARO, W. A. A reprodução interpretativa no brincar ao “faz-de-conta” das crianças. **Educação, Sociedade e Cultura: Revista da Associação de Sociologia e Antropologia da Educação**, Porto, v. 17, p. 113-134, 2002.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. **Mil platôs: Capitalismo e Esquizofrenia** (Vol. 4 e 5). Rio de Janeiro: Ed. 34 Letras, 1997 (Original de 1980).
- DELEUZE, G. O que as crianças dizem? In: Deleuze (Org.), **Crítica e clínica**. Rio de Janeiro: Ed. 34 Letras, 1997. p. 73-79.
- _____. **Bergsonismo**. Tradução Luiz Orlandi. São Paulo: Ed. 34 Letras, 1999.
- MAFEJE, A. The ideology of “Tribalism”. **The Journal of Modern African Studies**. v. 9, n. 2, p. 253-261, 1971.
- _____. **The theory and ethnography of african social formations**. The case of the interlacustrine kingdoms. London: Codesria book Series, 1991.
- PIRES, F. Crescendo em Catingueira: criança, família e organização social no semiárido nordestino. **Mana**, v.18, p. 539-561, 2012.
- _____. Ser adulta e pesquisar crianças: explorando possibilidades metodológicas na pesquisa antropológica. **Revista de Antropologia**. v. 50, n. 1, 2007.
- SARMENTO, M. Gerações e alteridade: interrogações a partir da sociologia da infância. **Educação e Sociedade**, v. 26, n. 91, 2005.
- SCHUCH, P. **Práticas de Justiça: Uma etnografia do “Campo de atenção ao adolescente infrator” no Rio Grande do Sul, depois do Estatuto da Criança e do Adolescente**. 2005. Tese (Doutorado em Antropologia) – Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2005
- TASSINARI, A. **Múltiplas Infâncias: o que a criança indígena pode ensinar para quem já foi à escola – ou a sociedade contra a escola**. Encontro Anual da Anpocs, 33. Caxambu, 2009. Disponível em <<https://anpocs.com/index.php/papers-33-encontro/gt-28/gt16-24/1935-antonellatassinari-multiplas/file>>

RESUMEN

En este artículo, invitamos a los lectores a rechazar clasificaciones apriorísticas de lo que es ser niño y ser adulto, rural y urbano. Para algunos sujetos con quienes hicimos investigación, ser niño es entendido como una sustancia que atraviesa no sólo a los niños, sino también a los adultos. Tomando en serio esa negación de una alteridad fundamental entre niños y adultos, lanzamos cuestiones epistémicas sobre investigar con niños para dar cuenta de sus múltiples ontologías. Nos inspiramos por la propuesta epistemológica y teórica del autor sudafricano Archie Mafeje y en su crítica a las taxonomizaciones realizadas por la Antropología.

Palabras clave: niño, movimiento, rural, taxonomía.

FECHA DE RECEPCIÓN: 02/02/2018

FECHA DE APROBACIÓN: 25/07/2018



Gustavo Belisário d'Araújo Couto

Doctorado en Antropología por la Universidad Estadual de Campinas (Unicamp), Brasil. Maestro por el Programa de Postgrado de Antropología Social de la Universidad de Brasilia (PPGAS / UnB), Brasil. Graduado en Ciencia Política por la Universidad de Brasilia (UnB), Brasil, en 2013. Tengo experiencia de investigación con niños, educación, movimientos sociales, política y teoría antropológica.

E-mail: pp.belisario@gmail.com



Antonádia Monteiro Borges

Doctora en Antropología por la Universidad de Brasilia (UnB), Brasil (2003). Actualmente es Profesora en el Departamento de Antropología de la UnB, Brasil. Se dedica a la investigación en teoría antropológica, con trabajo de campo en Brasil y Sudáfrica.

E-mail: antonadia@gmail.com